

soluta para que podais crear ó constituir uno ó mas Procuradores ó substitutos, que en vuestro nombre y por vos, cuando estareis ya harto de beber, que creemos sucederá rara vez, traguen, apuren y beban en la mejor forma de los vinos expresados y mejores. Mandando por esta nuestra Carta á nuestro Bodeguero mayor y á los demás de nuestra bodega, á los Vinateros, Cocineros, Ayudantes y otros cualesquiera que tengan jurisdiccion en los vinos, ó sean sus dependientes, á todos y á cada uno en particular bajo la pena de dos mil florines, de que solo podais perdonar los mil, y de privacion de oficio y del vino, que vistas las presentes, y por solo su simple manifestacion os den por fuerza á gustar, y si conviniese á beber todos los vinos que querais y fuere vuestra voluntad: y sepan que no han de hacer lo contrario; si quieren evitar estas penas, antes bien os asistan con obra, consejo y auxilios oportunos. En testimonio de lo cual, mandamos expedir las presentes, autorizadas con todos los sellos de nuestra curia: Dadas en Castelново de Nápoles á 31 de Diciembre del año del nacimiento de nuestro señor Jesucristo 1446. Yo el Rey D. Alonso. Vista por el Bodeguero mayor. Nuestro Señor el Rey mandó que lo escribiese á mí Francisco Martorell.»

Este es el tan decantado privilegio por el cual Tallander ha pasado por un vil y despreciable juglar en estos últimos tiempos. Pero dejando á un lado su autenticidad, que por cierto no deja de ser sospechosa, pues no se dice de dónde se sacó y la fecha no concuerda con la de su muerte (a), ¿no es muy verosímil que, siendo el regocijo de la Corte con sus sutiles agudezas, quisiese esta una vez tomar su desquite? En efecto, creemos que debe mirarse como un capricho, un pasatiempo cortesano del Rey D. Alonso, porque si lo contrario fuese, se encontraría en los archivos, en los armarios y pergaminos concernientes á aquel monarca. Mas suponiéndolo sólo una chanza cortesana, ¿débese deducir de aquí que Tallander era un mero bufón? Acaso Quevedo no era también el regocijo de la corte de Felipe IV? Y quién se atreverá á sostener que el profundo Quevedo fuese un bufón? Cuando no existiesen documentos á él concernientes, queda siempre la inscripción de su sepulcro, cuya

(a) Aunque en el monumento sepulcral aparezca una fecha anterior á la del privilegio, no envuelve esto contradicción, pues se labraría aquel en vida de Mossén Borra, ya que RIPOLL en las memorias citadas y apoyándose en documentos la coloca en 16 de Julio de 1448.

calificación de *caballero glorioso* y los escudos que á uno y otro lado ostentan los blasones de su nobleza, luchan abiertamente con la extravagancia del traje y con el concepto y prevenciones de los que lo contemplan. Murió finalmente el 16 de julio de 1446, en Nápoles (a), adonde habría pasado en compañía de la corte, y sus restos aún permanecen tranquilos en el silencio del claustro, interrumpido únicamente por el murmullo del agua y el susurrar de los árboles, que deliciosamente sombrean su morada de reposo (1).

Otro de los primores de esta parte del edificio es la historia sagrada que corona los capiteles, cuyas figuras aunque toscamente trabajadas, no dejan de tener su mérito por su minuciosidad y á veces expresión. Tan pequeñas son, que desde el piso no se pueden percibir distintamente con la sola vista natural; y sino ¿quién ha reparado jamás, en uno de los ángulos del lavadero, en aquel demonio socarrón y maligno que procura tentar á Jesús en el desierto? ¿Quién notó el modesto ademán con que el Salvador le aparta de sí? Y al volver los ojos de los capiteles á los estribos ¿cuán agradable sensación producen aquellas formas graciosas, armoniosamente pintadas por la mano de los siglos, y cuyos tonos con tanta perfección se adaptan á los árboles que las sombrean ó las ciñen! Tanta magnificencia, tanta antigüedad, contempladas entre la profusión de luz del mediodía bajo un cielo azul, resplandeciente, en medio de las brillantes líneas del sol que hacen en ellas doradas cortaduras, embelesan el espíritu de un modo sublime, y nos fuerzan á confesar que hay allí algo más que mero artificio.

Pero hora es de que con planta reverente entremos en el santuario.

(a) Opina RIPOLL que su muerte tuvo lugar en Barcelona.

(1) Como nuestro objeto sólo es parar la atención en lo que contenga recuerdos, tradiciones ó hechos famosos y bellezas artísticas, pasamos por alto muchas sepulturas que existen en el claustro incrustadas en la pared ó al pié de los pilares, y de cuyas lápidas se desprende que la mayor parte contienen los restos de bien hechores y dignidades de esta Iglesia.

El primer efecto que el interior de esta catedral causa á quien entra por la puerta mayor, es cierto misterio, un temor, un pasmo religioso que impone silencio y derrama gravedad en el semblante más apacible. Por entre una luz escasa divisamos tendidas delante de nosotros tres largas y altas naves; las sombras doblan sus proporciones reales; en el fondo las claraboyas de junto á la bóveda hacen resaltar más fuertemente las masas que detrás y á los lados quedan medio hundidas en un crepúsculo dudoso: así la iglesia aparece como extraordinariamente extensa, y su aspecto de grandeza enciende una conmoción sublime. Mas esta grandeza no existe en el mismo edificio; y gran loa del Arte cristiano es que nazca toda de sus proporciones, mucha mayor loa que al revelársenos esto, á la ilusión primera suceda mayor y más fundado entusiasmo. La lucha y los efectos de las sombras y la luz que comparten el imperio, nos predispuso para aquella impresión; la longitud de las naves sobre su poca anchura, acrecentó el aspecto de grandeza: ahora el arrojado, la altura verdaderamente extraordinaria de sus líneas verticales expande el corazón y nos arrebató al suelo. Esa es su calidad dominante; alta sobre todo, concentra el sentimiento de quien la contempla: el espacio verdadero del cristiano es de la tierra al cielo. Así aparece á un tiempo grande y ligera, misteriosa y atractiva, como la religión que simboliza; y cuánto más se adelanta el examen, tanto más se ve que su grandeza, su fuerza y su misterio se suavizan en la belleza más cumplida. Domina en su conjunto un sentimiento exquisito de armonía, que la presenta cual modelo de proporción y gracia; por lo cual, todavía no dueños de nosotros mismos ni dominando su plan, á un tiempo nos sentimos embargados por su severidad y saboreamos su elegancia. Al fin los ojos se habitúan á deslindar sus perfiles limpios, pronunciados, enérgicos; las líneas se van revelando más y más; y cuando se las conoce como son, claras, proporcionadas y estrechamente unidas entre sí, entonces las formas generales se dibujan bien y distintamente. Su forma intrínseca

se deja gozar una y entera; tipo de la pureza gótica, existe, se desarrolla y se ornamenta por medio de grandes líneas, hijas todas de un plan, ó mejor de una idea madre. Rectas la mayor parte ó con fuerte tendencia á la recta, comunican á la obra entereza y sencillez; las molduras que las subdividen ó guarnecen no pueden ser más simples y espontáneas, ajenas á toda complicación de artificiosos contrastes; faltan totalmente las formas ondulantes, que corrompiendo la recta señalan casi siempre la decadencia artística; y si las ojivas encorvan líneas muy extendidas y visibles, parece que estas huyen de la curva cuánto pueden, y altas é impetuosas suben con ansia á reunirse en ángulo agudísimo. Todo atestigua el mejor período de la arquitectura ojival, aquel en que, desde principios del siglo XIII hasta fines del XIV, la planta gótica brotó completa y original en todas partes, y ostentando rigurosa pureza en sus formas reclamó un lugar espléndido entre las creaciones típicas del espíritu. Por esto la escultura no la ahoga ni esclaviza, cual desde fines del siglo XIV y mayormente en el XV comenzó á señorear en los muros de las fábricas: como ornamentación de lujo apenas tiene aquí cabida; la idea matriz ya le destinó las superficies que su cincel debía suavizar con boceles, repartir en calados, rellenar de relieves; que es decir, el ornato nace directamente de las entrañas de la obra, es parte constitutiva de ella como las flores lo son de la planta (1). Ni hablando en rigor este templo nece-

(1) No insistiríamos en esta idea, si no la viésemos muy trascordada hoy en Música y Arquitectura. Rossini y Bellini, entre los modernos italianos, crean la forma artística completa, en cuya contextura natural lo que tal vez parece adorno tiene una cabida tan necesaria, que se conoce nació con la misma idea ó que esta existe en virtud de ello: Mercadante y los demás materialistas agrupan riquísimos detalles en torno de una forma vacía, y cifrando el arte en las dificultades y efectos de la ciencia, amplifican series de sonidos sin idea, pliegan paños de grande estima sin cuerpo que los sustente y les dé forma y vida (a). La riqueza de las fábricas griegas consistía en sus lineamientos; y si la escultura desplegó en ellas sus bajo relieves, debiólo á la misma contextura de esas líneas que le presentaban superficies determinadas que brindaban al cincel y á veces lo reclamaban. ¿Qué signifi-

(a) Ténganse presentes la época en que se escribió esta nota y los trascendentales progresos hechos por la música en nuestros días.

sita de la escultura, pues él existe en virtud de su propia ornamentación, que en aquel período era la única realización de la idea, ó mejor dicho, la concepción artística. Si algunas de las puertas hacen alarde de los trabajos de aquel ramo del Arte, atribúyase á los tiempos posteriores en que este tendía á separarse de su tronco, tapándolo más de cada día con su frondosidad, reclamando para sí toda la atención, y posponiendo la dirección y la firmeza y unidad del todo á la abundancia y menudeo de sus hojas. Pero no porque falte aquí la escultura de ornamentación puede á este interior notársele de pobreza, al contrario: no hay una sola de sus partes constitutivas que no se ofrezca cuajada de largas molduras, no hay una de sus grandes masas que no se disminuya á la vista dividiéndose por medio de calados ó boceles; las aristas cruzan en todas sus direcciones principales, con lo cual su forma resaltando limpiísima y segura, debe su magnífica riqueza á lo mismo que la constituye.

La nave central remata en semicírculo prolongado ó ábside, donde está el altar; las laterales, más estrechas y no muy inferiores en altura, detrás del ábside ó presbiterio se reúnen también en semicírculo; fuera de ellas corre á entrambos lados una línea de capillas que asimismo da vuelta al presbiterio. Antes de llegar á este, á una y otra parte se interrumpen las capillas, y en el espacio que ocuparían dos de ellas se tiende una arcada profunda y de anchura igual á las principales de la nave mayor, y al fondo de ella se abre una de las dos puertas laterales: con esto, resaltando esta gran línea transversal que rompe las de las capillas, marca en la planta general una especie de crucero.

can ahora esos relieves prodigados en muchos frontispicios, colgados no sabemos de dónde, puesto que no los contiene ninguna parte orgánica del plan? Faltando una idea bien concebida y desarrollada, cuyas partes al trabarse entre sí convidasen el ornato, tanto valdría amontonar los relieves del Partenón en una pared lisa cualquiera, ó mejor dicho, pegar á ella todos los arabescos de yeso ó de cartón ó lo que sea, que no siempre pueden calificarse. Así los churriguerescos vinieron á cifrar todo el mérito del monumento en la aplicación de adornos postizos.

Al menos si se considera como parte la más constitutiva de la iglesia la nave mayor, la línea que va de puerta á puerta lateral casi igualándola en anchura tiene apariencia de cortarla transversalmente.

Veinte pilares separan en todo el circuito del templo estas tres naves, los diez correspondientes al ábside del presbiterio, los otros diez al resto de la fábrica. De cada pilar parten cuatro arcadas principales: la que corta transversalmente la nave mayor, las dos que á uno y otro lado del pilar lo enlazan con los demás y sirven de comunicación entre las naves, y la que también corta transversalmente la nave lateral contigua. La primera y la última son ojivales y elegantes, y en particular aquella arranca á reunir sus dos curvas con una esbeltez y osadía que encierran todo el espíritu de la arquitectura que las engendró. Los ojos, apenas hemos medido rápidamente la extensión del templo, se sienten fascinados por ese arranque de la nave central, y el vértice de sus agudas ojivas los trae de continuo levantados cual centro y fin de toda la obra. Place olvidarse de la tierra sobre que afirmamos la planta, place elevarse en espíritu y seguir el vuelo de las líneas, mientras el corazón palpita apresurado y la frente se colora con el fuego del entusiasmo. ¡Cuán altas, cuán ligeras, cuán bellamente místicas! ¿Por qué contrastan tanto con ellas las arcadas de comunicación que van de pilar á pilar en toda la longitud del templo? El semicírculo se despliega en ellas con la plenitud de su majestad, y robusto como los mismos pilares señala enérgicamente su oficio de sostener el muro del remate de la nave mayor y de dividirla de las laterales. En su curva tan completa hay cierta pompa y nobleza, que si ciertamente no atraen desde el principio con mágico embeleso cual las arcadas ojivales susodichas, satisfacen el ánimo por su magnífica proporción, apacientan agradablemente los ojos, y quizás templan la impresión delicada de aquellas. Es en verdad muy para admirado cómo su trabajada curva presenta aunadas la gallardía y la majestad, la ri-

queza y la fuerza en la proporción más acabada: ello es que una vez contemplados, esos arcos ya de continuo se vienen á los ojos á la par de aquellas ojivas, y en todas partes destacan cual una de las ideas culminantes del concepto general. Entonces un recuerdo de la fenecida arquitectura romano-bizantina cruza por la imaginación: duraba su memoria ó su tradición cuando se comenzó esa fábrica? ¿ó el concepto general reclamó esa forma semicircular? Pronto satisfaremos á estas dudas cuando lleguemos al punto generador de la concepción; mas el efecto inmediato de esos semicírculos empareja en el ánimo la idea del gótico y del romano-bizantino. No cual en los monumentos de la transición el semicírculo señorea y la ojiva asoma tímida y gruesa en las arcadas de comunicación: aquí la ojiva reina espléndida y levantada en todas las bóvedas; coronación de la obra, centro de la idea, manifestación de la tendencia del nuevo género, su espíritu y carácter, ella sube á dominar excelsa y airosa con líneas atrevidas y delicadas; el semicírculo, robusto y macizo, es oprimido por el peso de las paredes, excluído del lugar culminante, y postergado á aquella que lo mira desde su elevada cúspide. Pero ningún choque se engendra del amalgama de ambas formas: las proporciones armoniosas del semicírculo lo hermanan suavemente con el arrojado de las ojivas, y su misma robustez se disfraza y atempera por medio de los numerosos bocales que subdividen su intrados. Las ideas brotan con fuerza al contacto de esa armonía: la alianza de la religión y de la libertad, vida de los pueblos nuevos de Europa, centellea á través de esas formas; la iglesia, hasta entonces dique de la barbarie y centro de reorganización, apeando el edificio social; la ciudadanía estribando en la iglesia con unión tan íntima, que sin abandonar ni falsear su base se fuese emancipando de toda servidumbre; y á la sombra de los santos tutelares se constituyesen los comunes y se rigiesen á sí propios; en fin, la nueva era en que el genio de los pueblos modernos adquiría concentración, forma y actividad.—Sobre las arcadas semicirculares se

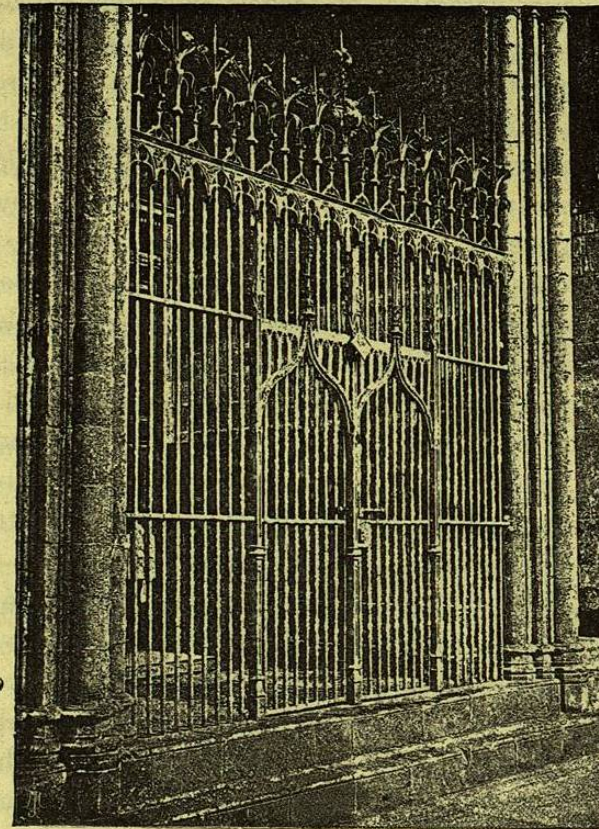
levanta un lienzo sólido de muro en toda la nave central; en su parte superior corre una ligera galería de delgadas columnitas y ojivas apeada por una faja ó cornisa de arcos semicirculares resaltados de la pared como en las fábricas romano-bizantinas. Sobre esta galería y perpendicular al centro de la arcada y por lo mismo correspondiente al centro de cada bóveda se abre una ventana circular ó rosetón con algunos calados.

De repente, al llegar á los piés de la iglesia, la nave central queda interrumpida: los dos primeros pilares al entrar son mucho más gruesos que los demás, y ciertamente comparcerían pesados, si las arcadas semicirculares que los enlazan con los contrafuertes de la pared del frontis no excediesen á las otras en anchura, y si encima de ellas en vez de bóveda no subiese á mayor altura una construcción octágona á manera de cimborio ó linterna. Siendo pues semicirculares los dos arcos de los lados, también ha de verse esta configuración en los otros dos que cruzando sobre la nave central han de recibir este cimborio y junto con aquellos componer los cuatro torales; por lo cual, desde cualquier punto de la nave, resalta aquel semicírculo que al fondo la atraviesa por el centro é interrumpe la vista que iba siguiendo la serie de las ojivas de la bóveda. El arquitecto, ya que conoció que en cierto modo rompía en este remate la unidad del plan, no alteró el primer pensamiento del edificio concebido en el ábside y desde ella desarrollado, sino que lo cerró y redondeó en esta misma arcada semicircular como continuación y enlace mutuo de las de entrambos lados de toda la iglesia, y sobre ella asimismo hizo correr por el centro la galería que guarnece lo alto de las paredes de la nave. Esta arcada y esta galería transversales, que hieren en el extremo los ojos de quien los contempla desde el presbiterio, dicen terminantemente que la nave remata allí, y que el espacio restante hasta la puerta es otra construcción de distinto carácter por el oficio distinto á que fué destinada: un cuerpo grandioso, independiente en parte, bien que estrechamente unido al todo, el cual á

guisa de vestíbulo impone con su pompa y robustez á cuántos entran. Y tan atinado anduvo el artífice al concebir esta conclusión de la fábrica, que su efecto se hermana con el que el ábside produjo. Naturalmente desde el semicírculo que atraviesa sobre la nave central hasta el vértice de la elegante ojiva, que como las demás sube desde los mismos dos pilares á recibir el techo, queda un grande espacio; y parte de él lo ocupa la galería, y en el resto se despliega un calado sencillo y grandioso. Y como en la parte opuesta, esto es, en todo el interior del cimborio, corre á una altura un tanto mayor otra galería, todo este espacio queda perforado é inundado de luz (a); y sosteniéndose al parecer colgado en el aire, los ojos apenas reparan que la serie de las ojivas centrales ha sido cortada, como sin duda lo notarían con ofensa suya si este espacio quedase macizo. Aquí se patentiza el triunfo de la ojiva simbolizado en todo el plan del templo: el semicírculo no sirve ya de separar las naves en su extensión longitudinal, sino que se encorva magnífico y más alto transversalmente de pilar á pilar por el centro de la mayor; mas cuánto él es más visible, tanto más espiritual y espléndida aparece en lo alto la ojiva, graciosamente reclinada sobre el gran calado que se dibuja en fondo luminoso y el cual á su turno carga sobre la elegante galería abierta encima del semicírculo. Es este arco un noble sostén de aquella, y con su mayor anchura y elevación, con su majestad, con los grandes relieves de sus enjutas justifica el lugar preferente que ocupa; postrer esplendor de la pureza del género ojival, que detrás de él ya comienza á manifestarse más repartida en detalles; testimonio del sentimiento acrisolado del maestro último de esa fábrica, quien no osando amalgamar su obra ya algo distinta al plan anterior, prefirió dejarlo cerrado y completo y establecer entre uno y otra una separación que al mismo tiempo los enla-

(a) Hoy tiene el arranque del cimborio un techo provisional de madera para evitar desprendimientos de piedras.

zase. Los ocho lados del interior del cimborio se forman por medio de cuatro arcos rebajados ó grandes curvas, que se tienden delante de cada ángulo donde se reúnen dos arcos torales:



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL.—VERJA DE UNA DE LAS CAPILLAS

el hueco que debajo de aquellos queda, está labrado cual una pequeña y fuerte bóveda y equivale á la pechina. Luégo, sobre una hermosa faja de relieves ábrese una alta y airosa galería, que, si es cierto se destinó para recibir la luz de anchas ventanas abiertas en cada lado, hubiera valido á este ingreso un efecto magnífico compareciendo aérea cual brillante corona.